

Lunes XXIX del TO
Ciclo B



21 de octubre de 2024

Ef 2, 1-10

Sal 99

Lc 12, 13-21

P. Eduardo Suanzes, msps

El texto del Evangelio¹ comienza situando toda la cuestión en el mundo de la propiedad, de la codicia de bienes. Uno pide a Jesús que le diga a su hermano que reparta la herencia con él. Si se presupone que la herencia del padre pasa a los dos hermanos pero uno de ellos se ha quedado codiciosamente con todo y no quiere repartirla con nadie más, se evidencia la codicia-apego a la riqueza de quien lo quiere todo para sí. Pero si se presupone que la herencia había pasado únicamente al hermano mayor para no dividir la hacienda, se evidencia la codicia del hermano no favorecido, que quiere también para sí el disfrute de esa riqueza. En ambos supuestos, el litigio por la herencia implica codicia, y, en este caso concreto, enfrentamiento entre hermanos. Nada bueno suele aparecer cuando hay dinero-riqueza de por medio y afán de poseerlo.

Por ello, Jesús se desmarca enseguida de este ámbito: « *¿Quién me ha nombrado juez o repartidor entre ustedes?* ». Esta afirmación sorprende, ya que cualquier maestro de la Ley se sentiría honrado con esta consulta sobre tal litigio, pero sorprende, sobre todo, porque Jesús parece quitarse autoridad. Pero tal afirmación es coherente con otras exhortaciones de Jesús, como la de «no juzgar», y, desde luego, es coherente con el alejamiento de Jesús del mundo del dinero y de todos sus tejemanejes.

Desde aquí cobra sentido la enseñanza final de esta controversia, cuando Jesús proclama: « *guárdense de toda codicia, porque, aunque alguien posea abundantes riquezas, éstas no le garantizan la vida* ». En este dicho se contraponen **riquezas** con **vida**. **La riqueza es una cosa, la vida otra**. Y de ellas, sin duda que la más importante es la vida. Pero la vida entendida no como pervivencia biológica, sino como sentido, plenitud; es decir, la vida entendida como la participación en el ser de Dios, la vida entendida como algo permanente y no efímero. Este dicho recuerda a ese otro contenido en todos los sinópticos: « *¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si arruina su vida?* »², en el que se contraponen lo mismo pero con diferentes conceptos: **mundo-vida**. Está claro que la enseñanza de Jesús contraponen lo pasajero con lo permanente. **Vivir es ser-en-Dios, pero el yo difícilmente se ve ahí, pues la noción «Dios» no alude a algo material, temporal, tangible, sino a una dimensión que va mucho más allá de todo eso que es pasajero. El misterio de vivir sólo puede experimentarse aquí y ahora en el amor vivido con los demás, en esa interacción humana en la que se produce el misterio del amor, de la vida real del ser en Dios que somos**. Frente a eso, el apego egoico a los bienes queda sólo como productor de placer o

¹ Cfr. SIXTO IRAGUI, *El Jesús histórico*. Cap. V. *El reino de Dios frente al reino del dinero*.

² Mc 8,36 y par.

de falsa seguridad, pero no de vida, ya que todo eso se va a pasar, como indica la parábola del rico que obtiene una gran cosecha.

Efectivamente, la parábola muestra a un hombre totalmente egocentrado en sí mismo, pero no en «su ser», sino que su tragedia es que identifica su ser con sus cosas, con sus riquezas. El rico es el protagonista absoluto de la parábola, hasta el punto que le roba el papel al narrador y él mismo se convierte en narrador e incluso dialoga con un «otro yo» de sí mismo, al que llama «amigo». Todo gira en torno a él, y nadie, salvo él y sus bienes-riquezas, aparece en su reflexión.

De hecho, este rico, que parece previsor y cumplidor (puede pensarse que, por ser justo, ha sido bendecido por Dios con una gran cosecha) incumple algunos principios bien anclados en la cultura judía y mediterránea de aquella época. El primero es que el progreso era considerado como una bendición de Dios. Pues bien, este rico no se refiere a Dios en ningún momento, ni para darle gracias ni para nada. Lo único que repite en su soliloquio es la palabra «mi» (mi cosecha, mis graneros, mis bienes). También entonces se entendía que las riquezas del mundo eran siempre las mismas, de modo que si uno se enriquecía era a costa de que otros se empobrecieran, por lo que se veía lógico que los que obtenían progreso no lo guardaran sólo para ellos mismos, sino que lo compartieran con otros para compensar esa «desigualdad» en el reparto de la riqueza.

Frente a él, en la parábola aparece la voz de Dios mismo, que le dice: *«¡Insensato! Esta misma noche te reclamarán la vida; las cosas que preparaste, ¿para quién serán?»*. Al llamarle Dios «insensato», se pone de manifiesto lo inútil de sus reflexiones mentales en apariencia tan sensatas-sesudas. Y en la segunda parte de la intervención de Dios se deja claro, de nuevo, la diferencia entre cosas y vida. La vida permanecerá, las cosas no. Que este hombre piense en una vida con las cosas-riquezas siempre a su servicio, es una insensatez, una alucinación, una irrealidad. Tal alucinación sólo se produce en su mente, en su yo egocentrado, pequeño, limitado a su pervivencia material. La «vida» es otra cosa mucho más grande que los pobres pensamientos de la mente de ese yo, por muy grandiosos que parezcan.

Y concluye la parábola con la moraleja-enseñanza de Jesús: *«Así es el que atesora riquezas para sí y no es rico para con Dios»*. Es decir, quien atesora riquezas es un insensato que se engaña a sí mismo; se cree «alguien» (y alguien muy importante), pero en el ámbito de la Vida, no es realmente nadie, porque ha perdido su vida. Tiene mucho, sí, pero «es» nada. Si Dios-Amor es el centro de sentido de toda existencia, lo que hay que buscar es esa riqueza que supone Dios, no las riquezas que dicta la mente egoica. Y tales riquezas desde Dios son, simplemente el vivir en amor, es decir, des-egocentrándose (desapegándose de lo egoico, riquezas incluidas) y fundiéndose-integrándose en amor donativo con los demás (compartiéndose plenamente). La parábola y su moraleja final, al contraponer la *«riqueza para sí»* con la *«riqueza para con Dios»* está contraponiendo dos ámbitos que determinan la vida: el tener y el ser, o, en otros términos, lo efímero con lo permanente.